

meros despachos; pero no se acabó de despachar en su tiempo, porque con la venida de la flota de este año se trocaron las cosas, y fue don Luis (como hemos dicho) nombrado virrey del Perú, y así se suspendieron hasta la llegada de nuevo virrey.

Salió don Luis de Velasco de esta ciudad para el pueblo de Aculman, donde se habían de ver los dos virreyes, y salióse acompañando la Audiencia y cabildos de la iglesia y ciudad hasta la ermita de Santa Ana (que es el puesto adonde también salen a recibirlos), y aquí se despidió de todos, con palabras muy tiernas, representando el sentimiento que llevaba de dejar tierra que había tenido siempre por patria.

CAPÍTULO XXXVI. *De la venida de don Gaspar de Zúñiga y Acebedo, conde de Monte-Rey, nono virrey de esta Nueva España, y de algunas cosas sucedidas en su gobierno*



EL AÑO DE 1595, A LOS 18 DE EL MES DE SEPTIEMBRE, llegó la flota de España al puerto de San Juan de Ulúa y en ella don Gaspar de Zúñiga y Acebedo, conde de Monte-Rey, por virrey de esta Nueva España; vino por las ciudades de Tlaxcalla, Puebla de los Ángeles (que es de españoles) Cholulla y Huexotzinco, donde se le hicieron muy honrosos recibimientos, en especial en la de los Ángeles, que por ser muy buena y toda de españoles, se aventajaron sus vecinos en mostrarse alegres de su llegada. Pasó al pueblo de Aculman, seis leguas de esta ciudad, donde el virrey don Luis de Velasco le aguardaba, y allí se vieron y recibieron y estuvieron aquel día, y otro partió el conde para Guadalupe, donde se le hicieron, de parte de esta ciudad, muchas fiestas.

Suelen salir los preladados de las órdenes hasta la ciudad de Tlaxcalla a recibir a los virreyes y ofrecerles buenos términos de cortesía, por sí y por los demás religiosos que tienen a su obediencia; y al conde de Monte-Rey fueron a ver al pueblo de Quamantla (que es seis leguas adelante de esta ciudad); allí los recibió con mucha cortesía y amor; y luego los despidió con mucho respeto, representándoles el mal hospedaje que para tantos había y sólo consintió a nuestro provincial (que a la sazón lo era el padre fray Esteban de Alzúa) que le fuese acompañando; porque desde aquel pueblo y convento, donde se había hospedado, hasta llegar a esta ciudad de Mexico, todas son casas de esta provincia del Santo Evangelio y venía aposentándose en ellas, si no es en la de Tlaxcalla que tiene casas reales, muy suficientes para semejantes recibimientos.

Entró en esta de Mexico, domingo cinco de noviembre, con las ceremonias y aparatos ordinarios y algo más, porque se precia esta ciudad, así lo eclesiástico como lo escular, de aventajarse cada vez que se ofrecen estos recibimientos en algo o mucho más que lo pasado; y así son muchas las fiestas y regocijos que se hacen y no menos cuantiosos los gastos y dinero que se consume.

Comenzó a gobernar, y era tanto lo que deseaba acertar y no errar que dio luego muestras de no ser liberal en sus despachos; cosa que se siente mucho en esta tierra, porque como no tiene la Nueva España otro refugio sino éste y está tan dilatada, por tan extendidas y largas tierras, quiere breve los despachos, por las grandes incomodidades que resultan de las dilaciones; y así fue notado de remiso e indeterminable y como (decimos) nació todo de el buen ánimo que tenía de querer acertar y no errar en nada.

De las primeras cosas en que puso mano, luego que se introdujo en el gobierno, fue una, despachar la jornada de don Juan de Oñate para la entrada del Nuevo Mexico, cuyas capitulaciones volvió a ver, y limitando algunas, las aprobó todas y las confirmó y dio licencia a Vicente de Saldívar como capitán que era de don Juan de Oñate, su tío, para que pudiese enarbolar bandera y recoger gente de a pie y de a caballo para hacer la dicha jornada. Para esto, este día fue llevado el capitán Vicente de Saldívar de algunos caballeros, deudos suyos, a palacio, a besar las manos al conde, por la nueva merced, y el conde le dio su mano la ginetá, del cargo de capitán; y luego, con acompañamiento de los alcaldes ordinarios y de muchos caballeros de la ciudad, fueron a la plaza grande y se pregonó que los que quisiesen asentar en su compañía, para la jornada de el Nuevo Mexico, debajo del estandarte del capitán general don Juan de Oñate, por soldados de a pie y de a caballo, que fuesen a él, que él los recibiría y les daría noticia de las gracias y mercedes que su majestad hacía a los conquistadores de aquella tierra. Acabado de dar este pregón se dispararon junto a la iglesia mayor doce piezas y cámaras de artillería; y este mismo pregón se dio en otras partes de esta ciudad, con que se mostró el gusto que el virrey tenía en que se efectuase esta jornada, a la cual se movió mucha gente y se dispusieron hombres casados para hacerla, pareciéndoles que como tenía nombre de Mexico, sería otro tal como lo fue éste, en sus prosperidades y riquezas, que todo lo puede la codicia, hasta llegar a romper el saco, como les sucedió a estas gentes, que hicieron esta jornada.

Pidió el virrey al padre fray Pedro de Pila, que en este tiempo era comisario general de esta Nueva España, que nombrase religiosos que fuesen al descubrimiento y doctrina de aquellas tierras; y así lo hizo y nombró por comisario de los que habían de ir, al padre fray Rodrigo Durán, religioso sabio y prudente y antiguo en la religión. Aprestóse la gente y nombráronse los religiosos para la jornada y despachólos a todos el virrey con muy aventajado avío, porque deseaba que tuviese buenos fines y poderse llamar autor de jornada; que parecía de tanta importancia y que prometía muchas esperanzas de muy aventajados sucesos. Después, por causas que hubo y mucha dilación en la jornada, se volvieron fray Rodrigo Durán, comisario y algunos religiosos que iban con él, desde el real de el Caxco, doscientas leguas de esta ciudad, donde ya estaba la gente que iba a esta jornada y el general de ella también detenido, porque se le acumulaba que no había cumplido las capitulaciones que había firmado, ni tenía suficiente avío, ni despacho para pasar adelante; a cuya causa había enviado el conde para estas averiguaciones a don Lope de Ulloa; y allá se negoció, de

manera que la jornada se prosiguió y fue nombrado fray Alonso Martínez por nuevo comisario y llevó consigo otros religiosos y pasaron todos, hasta llegar a las poblaciones que llaman Nuevo Mexico; y allí asentaron real y hoy día permanece; y de lo que ha ido sucediendo se dirá en sus lugares.

En el año de 1602, por el mes de noviembre, viniendo los navíos de la China, como suelen por aquel tiempo, vieron los que venían en la nao almiranta (llamado San Antonio de Padua) una señal en el cielo que les causó espanto y admiración; la cual se tomó por testimonio, con fe de escribano, el cual tengo en mi poder y dice así: En el año de 1602, a cuatro de noviembre de el dicho año, a las ocho y media de la noche, viniendo navegando de las islas Filipinas, en demanda de la costa de Nueva España, 38 grados y medio, doscientas leguas de tierra, estando para tomar la guardia, la vuelta de el norte, apareció una grandísima claridad en el cielo que totalmente parecían campos que se quemaban; porque toda su color era tan bermeja, que parecía una propia sangre; y esto, de el oriente para arriba, no subió tanto que pudiese cubrir la estrella de el norte y en el circuito que tomaba aquella color roja, a trechos, estaban echadas unas barras de norte a sur y su color de éstas era entre blanco y amarillo. Y estando toda la gente de la nao, mirando con grandísima atención, vieron se vino a dividir por la mitad de el norte, adonde vino a quedar el cielo muy blanco y la mayor parte que dividió fue corriendo a la parte de leste y esto fue derramándose de lo que quedó a la parte de el oeste y se vino a consumir, quedando antes que se envolviera como un tizón en el aire y esto duraría por tiempo de hora y media. De lo cual doy fe y verdadero testimonio, yo Sebastián Solano, escribano de la dicha nao, por su majestad, que pasó así y lo vi, en testimonio de lo cual hice mi firma acostumbrada. Sebastián Solano. Qué haya querido significar esta prodigiosa señal, no lo sé; pero también sabemos que son demostraciones éstas, y otras como ellas, de cosas que suelen acaecer, como son muertes, guerras y hambres; quiera Dios que ésta no sea indicios de nada de esto, sino solamente figura que haya querido Dios mostrar para solo que le alabemos.

*CAPÍTULO XXXVII. Relaciones de las cosas que han ido sucediendo en las provincias del Nuevo Mexico, después que fueron a poblarlas nuestros españoles, de que fue por general don Juan de Oñate*



ESPACHADOS DON JUAN DE OÑATE y los suyos para la jornada del Nuevo Mexico, siguieron su camino en demanda de aquellas tierras, y en llegando a aquellas partes tomaron posesión por el rey en ellas, y el pueblo donde don Juan de Oñate, gobernador y capitán general de esta entrada, hizo asiento y puso su real, se llama San Gabriel; el cual sitio está en treinta y siete grados de altura al norte y está situado entre dos ríos, y con las aguas del menor de los dos se riegan los trigos, cebada